

# Autobiografía de una conciencia cívica: la España doliente de María Lejárraga

BEGOÑA ALONSO MONEDERO

(*Universidad de Burgos*)

**Résumé.** Dans *La España vacía*, Sergio del Molino reconnaît que « l'Espagne vide » est une carte imaginaire ou un territoire littéraire d'un pays qui n'a pas su voir la réalité en face ou trouver sa propre histoire. Ce travail considère que l'autobiographie politique de María Martínez Sierra (María de la O Lejárraga), *Una mujer por caminos de España*, publiée à Buenos Aires en 1952, bien qu'écrite depuis son exil en France, offre le récit précieux d'une Espagne qui n'est point imaginaire et qui ose affronter la réalité à un moment de son histoire, en se souvenant de son étape de propagandiste en tant que candidate du PSOE (Parti Socialiste Ouvrier Espagnol) pour Grenade, entre 1931 et 1936, sous la Seconde République. Au cours de son parcours sur les terres de la Manche et de l'Andalousie, la politicienne donne la vision d'une conscience critique et réaliste, engagée dans l'histoire qu'elle a vécue, depuis la perspective d'une femme qui va à la rencontre d'un pays qui *a bel et bien existé*, ou *qui voulait être*, avec pour uniques armes sa parole et son écriture.

**Mots-clés :** autobiographie, La Mancha, Don Quichotte, Grenade, exil, Espagne triste, conscience civique.

**Abstract.** In *La España vacía*, Sergio del Molino recognises that the “empty Spain” is an imaginary map or a literary territory of a country that hasn't been able to look at itself or find its own account. This paper considers that the political autobiography of María Martínez Sierra (María de la O Lejárrega), *Una mujer por caminos de España*, published in Buenos Aires 1952, although written from her exile in France, offers the valuable account of a Spain that is not imaginary and that it dares to look at itself in a moment of History on remembering her propagandistic stage as a candidate of the PSOE (Socialist Party) in Granada from 1931 to 1936 during the Spanish Second Republic. Through her trips across the plains of La Mancha and Andalusia, the politician offers a perspective of a critical and realistic awareness, committed to the history she had to live, from the point of view of a woman meeting a country that really existed or wanted to be, with the only weapons of her word and her writing.

**Keywords:** Autobiography, La Mancha, Don Quixote, Granada, Exile, Sad Spain, Civic Consciousness.

*Triste España sin ventura  
todos te deben llorar,  
despoblada de alegría,  
para nunca en ti tornar.*

Juan del Encina

## La tristeza de España

Recién iniciado su exilio, María Zambrano señalaba la falta de memoria de los españoles con relación a su pasado. Una cierta rebeldía para reconocer que a lo largo de la historia estos no han reclamado con «fuerza y claridad la necesidad y el deseo de recordar, de hacer memoria y con ella, cuentas de nuestro pasado» sería la responsable, a su juicio, de la falta de «una imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato», pues «todo nuestro pasado se liquida con la actitud trágica de España»<sup>1</sup>. No se puede negar que se trata de una representación histórica y literaria, que va cristalizando con el paso del tiempo y que resuena, como un eco a través de los siglos, en los versos de Juan del Encina que encabezan este trabajo. Los recuerda María Teresa León en su *Memoria de la melancolía*, para, en un ejercicio de apropiación hermenéutica, enmendarlos en parte en tono de protesta: España sin ventura no, porque está en armas contra el fascismo; pero sí, todos deben llorarla como cantan, con las palabras de Encina, los numantinos antes del sacrificio total de sus vidas en la representación de *Numancia*, versión de Rafael Alberti de la de Cervantes, a la que acuden los españoles entre bombardeo y bombardeo sobre las calles de Madrid<sup>2</sup>.

Quizá la mejor constatación de la conciencia de una España triste consiste en el hecho de que su más excelso héroe o mito literario, desde la época en que se forja su unidad política, es a su vez señalado con el sobrenombre de Caballero de la triste figura. La tristeza de España y la tristeza de Don Quijote parecen formar parte de esa España “despoblada de alegría” y de belleza, añadimos, al menos, en su representación literaria a lo largo de los siglos y muy particularmente en la generación del 98 y, en general, en el cambio de siglos<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> María ZAMBRANO, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Barcelona, Círculo de lectores, 1979, p. 105.

<sup>2</sup> María Teresa LEÓN, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Círculo de lectores, 1979, pp. 52-53.

<sup>3</sup> Ver Teresa HERRERO, «La imagen de España a través del Quijote», *Anuario Filosófico*, 1998 (31), pp. 269-288. Precisamente, *La tristeza de don Quijote* es el título de una obra publicada en 1905 bajo la firma de Gregorio Martínez Sierra, en la que se reflexiona sobre la melancolía que produce la lectura del *Quijote* en todo aquel que ya no tiene el alma inocente del niño que se apasiona con sus aventuras y ante cuyos ojos la venta castillo y «es bella y es princesa Maritornes». Sin embargo, cuando el alma de aquel «rapaz lector» llega al

Según apunta Sergio del Molino en el viaje personal y literario que es su ensayo *La España vacía* (2016), esta mirada negativa y pesimista que se proyecta sobre el territorio español se va construyendo a partir de la sacralización del espacio mítico de La Mancha en el *Quijote*, como un lugar de fealdad, de ladrones, galeotes y prostitutas... «donde solo pueden suceder hechos terribles o ridículos»<sup>4</sup>; y también a partir del momento en que «la novela se convierte en la mirada oficial de la patria»<sup>5</sup> y actúa como un filtro imaginario para todo aquel que, desde el ámbito intelectual o artístico, se para a mirarla y a pensar en ella. No debemos infravalorar el poder de las leyendas y de la literatura en general como formas de aprehensión de la realidad en la que vivimos y su capacidad de modificarla, incluso. Sergio del Molino llama, con herramienta metafórica, «el mal de Maritornes» a esta costumbre muy española de mirar y retratar a España como «moza de servicio ordinaria, fea y hombruna»<sup>6</sup>, esta forma de sentir la patria como madrastra y no como madre, atribuyéndola a un imaginario, «el de la parte vacía»<sup>7</sup> del país, un país que nunca fue, construido a partir de metáforas crueles. Un país que, además, no contaría con un relato propio de sí mismo: «A la España vacía le falta un relato en el que reconocerse»<sup>8</sup>, llega a afirmar; le falta, como decía María Zambrano «una imagen clara de nuestro ayer, aun el más inmediato». Con justa lucidez escribió la filósofa del 27:

Sería preciso mirar a España y a su suceso desde lejos, desde todo lo lejos que nuestra condición de españoles lo permita, aunque cordilleras y océanos se interpongan entre su tierra y nuestro paso. Mirar con perspectiva, no de espacio sino de tiempo y objetividad intelectual lo que en ella sucede<sup>9</sup>.

Por ello importa notablemente reparar en el libro de memorias de María Martínez Sierra (María de la O Lejárraga, La Rioja, 1874 - Buenos Aires, 1974) *Una mujer por caminos de España (Recuerdos de propagandista)*<sup>10</sup>. Una obra escrita en su exilio francés,

---

mediodía de su vida: «¡Qué triste es la tristeza a la cruda luz del mediodía! Al sol de julio la pobreza es más pobre y la vejez más vieja y el desamparo, más desamparado...» (Gregorio MARTÍNEZ SIERRA, Madrid, L. Williams, 1905, p. 12).

<sup>4</sup> Sergio DEL MOLINO, *La España vacía*, Madrid, Taurus, 2016, p. 178.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 180-181.

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 179.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>9</sup> María Zambrano, *Pensamiento...*, *op. cit.*, p. 81.

<sup>10</sup> Citaré a partir de aquí por la edición de Alda BLANCO (ed.): María MARTÍNEZ SIERRA, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Editorial Castalia, 1989. Para la vida de María Lejárraga ver la biografía de Antonina RODRIGO, *María Lejárraga. Una mujer en la sombra*, Madrid, Ediciones Vosa, 1994. Para su actividad política, ver Juan AGUILERA SASTRE (coord.), *María Martínez Sierra y la República. Ilusión y compromiso*, II Jornadas Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2002, y Juan AGUILERA SASTRE e Isabel LIZARRAGA VIZCARRA, *De Madrid a Ginebra*, Barcelona, Icaria, 2010, un importante trabajo que relata la participación de María Lejárraga en el VIII congreso de la IWSA (Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer), celebrado en Ginebra entre el 2 y el 8 de junio de 1920.

entre 1948 y 1950, que iba a ser publicada en los Estados Unidos, pero finalmente publicada en Buenos Aires en 1952<sup>11</sup>. La obra aporta esa privilegiada mirada en el marco de un texto autobiográfico que se vuelve hacia atrás y gira sobre sí mismo en la doble perspectiva: desde la distancia espacial del exilio, de quien no sabe si podrá regresar, de quien se sabe lejos y fuera, pero también testigo y protagonista de los cruciales acontecimientos que marcaron la historia de España en aquel siglo; y la mirada en perspectiva temporal, una mirada del yo en sucesión de tiempos que abarcan el pasado, desde el presente en que se escribe, y el futuro proyectado desde aquel ayer.

En el marco autobiográfico, María Martínez Sierra reúne en estas páginas su experiencia por la geografía española (por tierras de La Mancha y Andalucía, y también de Murcia, Cartagena, El Ferrol...) como candidata del Partido Socialista a Cortes por la circunscripción de Granada, junto con Fernando de los Ríos, en las campañas electorales de 1933 y 1936 durante la Segunda República. María obtiene su escaño de diputada en la primera de estas elecciones y participa muy activamente en las reivindicaciones en favor del voto femenino que culminarían con la aprobación en Cortes del artículo constitucional que reconocía el derecho al voto de las mujeres, por primera vez en España, un 1 de octubre de 1931. Los pronósticos de quienes argumentaban que el voto femenino, paradójicamente, traería la derecha al parlamento se cumplieron. María da cuenta, en uno de los capítulos de estas memorias, de la ilusión que le producía que la mujer pudiera votar por primera vez en España en las elecciones de 1933, y al tiempo de la sensación de tristeza al sentir que se esfumaba un proyecto progresista y de reformas, que pierde en esta ocasión las elecciones<sup>12</sup>.

En este contexto social y político, su recorrido por las tierras manchegas y andaluzas, como en el caso de Sergio del Molino, delata una imaginación y una mirada de escritora, ahormadas por la literatura y, como se verá, bajo el amparo o la sombra alargada del Quijote, especialmente en territorios manchegos. Pero los capítulos de la obra amplían la panorámica a distintos puntos de la geografía española componiendo una imagen de España en un momento crítico de su historia, muy valiosa para nuestra perspectiva actual. Por un lado, muestra la ilusión por el nuevo proyecto socialista y, de otro, paulatinamente, el desaliento y el desengaño, cuando el golpe militar del 36 termina el sueño de la república abruptamente.

---

<sup>11</sup> Alda Blanco recuerda las circunstancias en que se fragua esta obra que en principio iba a publicarse con el título de *España triste* en una editorial americana, que finalmente rechazó su publicación por considerar que no concordaba con los gustos literarios del público americano («María Martínez Sierra: figura política y literaria», *Estreno*, 29.1, primavera 2003, p. 7).

<sup>12</sup> María Martínez Sierra, *Una mujer...*, *op. cit.*, pp.127-129. Ver también Antonina Rodrigo, *María Lejárraga...*, *op. cit.*, pp. 254-306.

La España reflejada es, a menudo, una *España triste*, y así iba a titularse esta obra<sup>13</sup>. De una tristeza como la del caballero de La Mancha. Una tristeza que rezuma en la imagen de una España real, vista con mirada lúcida y muy humana, la de un país que sí existió (no imaginario); es también la tristeza que percibimos en la escritora comprometida con su tiempo, en aquel entonces, y en el sujeto de la enunciación presente que narra, el momento del recuerdo. A través de los caminos recorridos, de la observación de las formas de vida de las gentes, de la empatía que exhibe con los habitantes de pueblos y ciudades, el pueblo español, y especialmente sus mujeres, sus observaciones y sus reflexiones descubren una visión del país que trata de proyectarse hacia el futuro y de dejar atrás y superar los prejuicios de la ignorancia, la pobreza, el individualismo.

### **Autobiografía de una conciencia**

Decimos que estamos ante una obra de género autobiográfico, a pesar de que su misma autora rechazaba esta denominación. Al modo del «*Ceci n'est pas une pipe*» de Magritte, afirma desde las últimas páginas que no se trata de una autobiografía, porque la responsable de la narración deja de ser protagonista de la narración para ser testigo o espectadora de los hechos que se cuentan<sup>14</sup>. Estas mismas razones son esgrimidas por Lydia Massanet para incluirla dentro del subgénero autobiográfico de «testimonio» o «literatura testimonial», por cuanto en el carácter de esta, frente al de la autobiografía, «se insiste en un protagonismo colectivo con una descripción de un contexto social, político e histórico determinado que se convierte en protagonista»<sup>15</sup>.

No podemos negar este protagonismo del contexto que la propia Lejárraga subraya al final de sus memorias. Vale la pena citar de forma completa:

*Una mujer por caminos de España* es un breve recuento de impresiones casi meramente pictóricas, recogidas durante unos cuantos años –1931 a 1938–, en los cuales, el cambio de

---

<sup>13</sup> Alda BLANCO, «María Martínez Sierra: figura política y literaria», *op. cit.*, p. 7.

<sup>14</sup> Anna CABALLÉ señala que “En efecto, entre los escritores españoles hay un evidente recelo a calificar una obra autobiográfica de “autobiografía”: el lector puede comprobarlo en la frecuencia de aparición de los términos Memorias o Recuerdos, mientras que son muy pocos los que utilicen el de Autobiografía en sus escritos” (*Narcisos de tinta (Ensayos sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglos XIX y XX)*, Madrid, Megazul, 1995, p. 43).

<sup>15</sup> Lidya Massanet, a pesar de que dedica su estudio a las autobiografías escritas a partir de los años sesenta hasta los noventa, se refiere a esta obra y la incluye dentro del subgénero testimonial junto con *Diario y cartas desde la cárcel* (1975), de Eva Forest, *Atrapados en la ratonera. Memorias de una novelista* (1980), de Dolores Medio, *Viernes y trece en la calle del Correo* (1981), de Lidia Falcón, *Mis primeros cuarenta años* (1987), de Federica Montseny, *Memorias de la Pasionaria* (1984) o *Por el camino viendo sus orillas* (1986), de Carmen Conde; todas ellas pertenecen a una franja temporal muy posterior (Lydia MASSANET, *La autobiografía femenina española contemporánea*, Madrid, Espiral Hispanoamericana, 1998, p. 41-52).

postura de mi patria, cambio que comenzó en radiante esperanza y terminó en tragedia negra, me impulsó a desviar la corriente de mi existencia individual y a insertarla total y voluntariamente en el torrente de nuestras desdichas.

No hay, pues, repito, autobiografía en estas páginas. Son, precisamente, todo lo contrario de una autobiografía, puesto que en ellas, lo mismo que en los años que las inspiraran, paso de ser protagonista de mi propio vivir a espectadora del vivir ajeno, puesto que suprimo al escribirlas todo asomo de comedia o de drama personal para echar cuanto sea energía, deseo, anhelo, potencia, realización, esperanza y desesperanza en la harina pavorosa, trigo empapado en sangre (otro amarillo y rojo para nuestra bandera futura) que representa en mi mente, cuando acaso tengo por un instante valor de pensar en ella, la historia contemporánea de la que fue mi España<sup>16</sup>.

La escritora consideraba que la obra que realmente constituía su verdadera autobiografía, en donde podía seguirse una trayectoria vital, personal, de las peripecias, sentimientos y experiencias compartidas durante cincuenta años con Gregorio Martínez Sierra, era *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, publicada en Méjico en el mismo año de 1952 que la obra que nos ocupa<sup>17</sup>. Alda Blanco recoge en el prólogo a la edición de *Una mujer por caminos de España*, esta escisión del yo autobiográfico, según los dos puntos de vista desde los que se narra, de un lado, «la [experiencia] vivida al servicio de la República y el socialismo y aquella que compartió con Gregorio», de otro<sup>18</sup>.

Sin embargo, este recurso de desdoblamiento de la identidad del sujeto en las dos autobiografías<sup>19</sup> es intencional y revela una forma de verse y representarse a sí misma, coherente con una forma dialéctica de ver y analizar el mundo que, de hecho, se plasma dentro de una misma obra. De este modo, lo encontramos en el prólogo de *Una mujer por los caminos de España*, en que dos interlocutores, la Propagandista (con mirada pública) y su Conciencia (con mirada introspectiva) conversan sobre esos años, las dudas y las decisiones, los aciertos o errores, de esos años evocados en estas memorias. La modalidad del diálogo, tan próxima a una presentación dramatizada, abriendo el libro de memorias apunta no solo a la existencia de algún elemento de conflicto, o de discusión con uno mismo, sino al marco elegido para inducir en el lector una actitud receptiva menos lírica y evocadora que reflexiva y

---

<sup>16</sup> María Martínez Sierra, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 254.

<sup>17</sup> Se ha señalado que una de las primeras exponentes seculares de la autobiografía en el siglo XVII, la de Margaret Cavendish, viene motivada por diferenciarse de las anteriores mujeres de su marido y, por tanto, su narrativa «se instaura en relación al esposo, eliminando toda posibilidad de otorgar independencia y fuerza a un discurso personal, femenino» (L. MASSANET, *Op. cit.*, *La autobiografía femenina...*, p. 42). Salvando la distancia temporal, en este sentido, *Gregorio y yo* podría no constituir, por una razón semejante y contradictoriamente a lo que parece expresarse por parte de la autora y la crítica, la más autónoma o completa caracterización de la personalidad de su protagonista que aparece en ese caso “referida” a su esposo. Digamos que se mira en otro espejo.

<sup>18</sup> Alda BLANCO, en la introducción a la edición citada de la obra, pp. 35-37.

<sup>19</sup> Ver Celia FERNÁNDEZ PRIETO, “Enunciación y comunicación en la autobiografía”, Celia Fernández y M.ª Ángeles Hermosilla (eds.), *La autobiografía en España: un balance*, Madrid, Visor, 2004, pp. 417-432.

crítica. El ejercicio dialéctico es constante en todo el relato que le sigue donde se contrasta el impulso positivo y esperanzador de cambio en la sociedad española con la frustración final de no haberlo conseguido, el impulso ético que la lleva a intervenir en los asuntos públicos (ese sumergirse en la historia) y la culpa colectiva («nuestra culpa») que parece solo encontrar sentido en el interior de su conciencia, a la que apela en distintos momentos de la obra<sup>20</sup>. Se muestra así también no solo el desengaño sino una incertidumbre existencial, una incertidumbre moral sobre el propio sentido de la vida propia. La búsqueda y la interrogación.

Pero es el suyo un relato a contracorriente, centrado —como ya hemos comentado— en aspectos en apariencia menos personales, menos íntimos que los esperables en otras biografías, y en ocasiones parece que la figura narradora se desdibujara como protagonista de los hechos relatados (deberíamos decir que se esconde o enmascara entre las líneas) y, aunque es sin duda protagonista del relato de la experiencia vivida, aparece en la obra de forma descentralizada: «suprimo al escribirlas todo asomo de comedia o de drama personal para echar cuanto sea energía, deseo, anhelo, potencia, realización, esperanza y desesperanza en la hacina pavorosa o trigo empapado en sangre [...] *que representa en mi mente [...] la historia contemporánea de la que fue mi España*».

A nuestro juicio, se trata de la «autobiografía de una conciencia», pues en ella se opera una selección cuidadosa de los referentes en el desplazamiento temporal y espacial, así como en la configuración de los mismos dentro de una voz y un lenguaje propios. Esa función narradora asumida por la voz interior de la conciencia en dialéctica con la voz pública de la propagandista es la que configura y reconstruye el sujeto de la enunciación de un pasado vivido, en función de los temas constantes de preocupación en la vida de María Lejárraga, y en consonancia con esto, la que selecciona los hechos y lugares de la geografía marcados por la memoria. Analiza desde el prólogo su papel de propagandista de un cambio social y se afirma en la misma medida que se pregunta: «he procurado despertar a muchos desdichados que dormían su hambre y su ignorancia, he contribuido a encender el tizón de la protesta airada en la oscuridad de su inconsciencia. La intención fue buena, mas el resultado... ¿No

---

<sup>20</sup> Creemos que Lydia Massanet identifica por error esta representación de la Conciencia con la figura de Gregorio Martínez Sierra ante quien mantendría su “examen de conciencia”. En absoluto nos lo parece, pues a lo largo de las páginas una y otra vez vuelve a la importancia de reflexionar cada uno dentro de sí mismo ante los acontecimientos relatados, tanto la Propagandista como los oyentes. Así dice al final de la obra: «iremos ellos y yo *caminando despacio por los senderos de la realidad* en busca de posibilidades, de remedios o al menos de paliativos a las dificultades y a las injusticias, *en busca, sobre todo de nuestras conciencias*» (subrayado mío, ed. cit. p. 223).

hay para pensar que no ha sido un despertar sino un pasar de sueño a delirio?»<sup>21</sup>. En medio de ese delirio, es la figura de Don Quijote, siempre aludido como el Caballero de la Triste Figura, la imagen de identificación de la narradora, frente a una conciencia que quiere atraerla a «camino de cordura».

Indudablemente, María Lejárraga, la cívica<sup>22</sup>, alza su voz de maestra y pedagoga, su voz política y socialista, su voz de escritora, para reflejar la España de los primeros años de la Segunda República, y recupera para la memoria ese país – en su geografía física y humana, en su paisaje y paisanaje– que sí existió, que fue real, y pretendía alcanzar un sueño. La tristeza por una «España doliente» se palpa en las palabras que dirige a su conciencia:

PROPAGANDISTA: [...] Estoy triste. Acógeme y consuélame. Estoy triste porque estoy pensando en España. No pienso en ella como desterrada, como republicana, como socialista; todo eso importaría poco puesto que se trataría únicamente de mí, y puede afirmarse que ya casi no existo; pienso, ¡no te rías!, como maestra de escuela. Nuestra República, ¿cómo negarlo? Tuvo grandes y funestos errores, pero hizo algo luminoso y feliz; enseñó a leer a sus niños. ¿Por dónde andará hoy el analfabetismo en España? No lo quiero pensar, y no puedo dejar de pensar en ello. Después de tres años de guerra civil, después de diez largos de dictadura militar, clerical, semi-totalitaria y descaradamente oscurantista, después de tantos días de servir nuestras no bastantes escuelas de cuarteles, de cárceles, ¿cuántos niños habrán vuelto a vagar por las calles de nuestras ciudades y de nuestras aldeas sin hallar quien les parta el pan de la doctrina? [...] España, país de esclarecidas cumbres es, por tradición, tierra de masas hundidas en la tiniebla del no saber. [...] Hay muchos jóvenes en el destierro; hay muchos hombres de edad madura; unos saben algo, otros mucho; es preciso que todos aprendan a enseñar a leer. ¿No estamos en Francia, tierra del método? Un pacífico ejército pasa los montes; una hueste sin armas entra en mi patria. Sin armas, no. Todos llevan un libro en la mano, y todos van diciendo: “¡Acercaos rapaces! Mirad estas figurillas curiosas: son letras. Con estas letras, se acierta a escribir; en estas letras, se puede leer. Con esas letras, por estas letras, a través de esas letras, se comprende y se ama el claro nombre de la libertad. Con estas letras, por estas letras, a través de estas letras, se siembran y arraigan en la voluntad las ideas de razón y justicia. Por estas letras, con estas letras, a través de estas letras, puede forjarse para nuestra España doliente, aherrojada, roída de miseria y de ignorancia una vida digna de ser vivida”. Callada estás, conciencia amiga...

CONCIENCIA: ¿No pedías consuelo? Sigue soñando.

### **Por caminos manchegos**

En la estructura textual, compiten, por tanto, la autoridad del testimonio en primera persona, un tanto desenfocada, con el deseo de focalizar en primer plano la imagen de la España real en los años treinta. Del mismo modo, en el título de la obra, escamotea el protagonismo del sujeto autobiográfico y, con absoluto «desapasionamiento» del nombre

---

<sup>21</sup> María Martínez Sierra, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 62.

<sup>22</sup> María Lejárraga fundó en 1931 la Asociación Femenina de Educación Cívica, de la que fue su primera presidenta, y era conocida por ese sobrenombre de “la cívica”.



propio (por invertir la noción lejeuniana<sup>23</sup>), renuncia a nombrarse a sí misma. El sintagma “una mujer” marca mejor, desde su indeterminación de nombre propio, el punto de vista del sujeto de la enunciación, anónimo entre muchos posibles, asimilable a otros sujetos anónimos, pero define más nítidamente una determinada mirada o perspectiva. “Por caminos de España” orienta el punto al que se dirige este sujeto y su mirar, su foco de atención, su punto de interés. La semántica de “caminos” se abre a sentidos simbólicos que, de distinta forma, se van desplegando a lo largo de la obra y tiene inevitable evocación machadiana (“Por tierras de España”...); no son solo *tierras*..., un *camino* marca una dirección, un camino está trazado y persigue una meta, un lugar al que llegar, al menos una posibilidad que se le ofrece al caminante, o “caballero andante”, que lleva a España en su mente, como el héroe homérico su isla. El nombre propio que figura es el de una patria, un paisaje, unos caminos que, como veremos, recorridos tanto en la geografía real como en la trayectoria vital y personal, se configuran como protagonistas.

El primer capítulo tiene la función de exponer el sentido original de su propaganda: su llegada al socialismo por puro realismo, su conciencia social más por sus propias vivencias de niña, en cercanía con el mundo rural y sus miserias, que por ninguna conversión política, pero también cercanía con las clases medias y obreras; el recuerdo de la madre como su única maestra, su simpatía por los rebeldes de la historia (Spartacus antes que Carlos V), su conocimiento de Pablo Iglesias con doce o trece años...; su confesión más firme: el descubrimiento de que «las Casas del pueblo –como la que conoció en Bruselas con más de 25 años– de mi pobre España han venido a ser el gran amor de mi vida de mujer madura, sino el fundamento único de lo que aún me queda de patriotismo»<sup>24</sup>.

Así, visitando las Casas del pueblo, comienza la escritora este camino o andadura de sus memorias, en los primeros capítulos de su relato, con sus actividades de propaganda en las primeras Cortes republicanas (1931-33), por la provincia de Albacete. Mientras el tren avanza por los campos de Castilla la Nueva y penetra en tierras manchegas, es inevitable la evocación cervantina:

Los tres molinos de viento que aún quedaban sobre la llanura –era en 1932–, suscitaban para mí la evocación del sueño de justicia del Caballero de la Triste Figura. “¡Oh, Alonso Quijano

---

<sup>23</sup> En su estudio sobre la autobiografía, alude Anna Caballé a este recurso, a propósito de su frecuencia en la obra autobiográfica y poética de Dámaso Alonso, que «serviría para ilustrar eso que los ingleses llaman “name-dropping” o goteo constante del nombre: para Lejeune esa pasión del nombre propio va más allá de la simple “vanidad de la autoría” puesto que, a través de ella, la persona misma reivindica la existencia convirtiéndose el nombre propio en el tema profundo de toda autobiografía» (*Narcisos de tinta...*, *op. cit.* p. 45)

<sup>24</sup> María MARTÍNEZ SIERRA, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 81.

el Bueno, oh, don Quijote el Loco, ampara mi primera salida! No vaya yo también, como tú, a estrellar mi sueño contra los descomunales brazos de esos gigantes”<sup>25</sup>.

En su inseguridad ante la nueva aventura de propagandista, envidia la elocuencia de las obreras militantes con las que va en el tren:

“¡Éstas sí que saben! ¡Éstas sí que están bien seguras de lo que han de decir al pueblo que las está esperando! ¡Oh, tú, que quisiste libertar a los que iban presos, tú que rompiste la cadena de los galeotes, aliéntame” Quería repetir ‘in mente’ conceptos doctrinales estudiados con encarnizamiento: lucha de clases, plus-valía, organización sindical... ¡Uníos, proletarios de todos los países...”. En vano: la magra figura del “Caballero bien molido y mal andante a quien llevó Rocinante por uno y otro sendero” se obstinaba en alzarse frente a mí, ocultando las barbas formidables y el fuego de los ojos de Carlos Marx<sup>26</sup>.

Aunque como oradora en los mítines se adapta con gran empatía hacia su auditorio, sus vivencias y el relato que las evoca se configuran desde la forma de un imaginario emotivo y literario, que es mucho más que eso, es un idioma propio de expresión personal en que la literatura es el código. Así, la descripción de su primera parada en La Mancha comienza: «Primer pueblo manchego. Tampoco yo quiero acordarme de su nombre». En emulación cervantina, un sentido pudoroso y, seguramente, misericorde, le impide precisar el nombre de este lugar<sup>27</sup>. Su mirada crítica sobre La Mancha descubre una región agrícola rica y productiva, en manos de poderosos terratenientes, donde los trabajadores que labran la tierra son increíblemente pobres: «Los que me esperaban estaban tan flacos como el Caballero inmortal...». En el recuerdo, aquella primera noche de predicadora:

Era una sofocante noche de julio. Sin luna, sin consuelo de romanticismo. La llanura manchega apenas tiene un árbol en que esconder un nido o una ilusión. El suelo es hosco. Lo poco que se ve de la obra del hombre es feo y áspero: caserío sin amabilidad, hecho para guardarse de la intemperie, no para vivir en él con molicie o blandura; caminos sin sombras en el verano, sin amparo contra el helado viento en el invierno. Parece que todos los contactos exteriores gritan a quien vive allí, a quien por allí pasa: “A sufrir! ¡A penar!” ¿Qué remedio, huyendo de la tierra hostil, sino abismarse en el propio ensueño... –¡oh, Caballero Andante!– levantar los ojos al cielo?<sup>28</sup>.

El sentido lírico del paisaje también está presente, el olor a pan, el silencio de la noche y el canto de los grillos. En esa noche de julio, siente, ante la contemplación del cielo azul profundo y de sus luminarias, esa tentación al ensueño como única esperanza frente a un suelo cruel, pero pronto irrumpe con brusquedad la realidad: «–¿Viene usted muy cansada, compañera? Es verdad –vuelve en sí la Propagandista–. Estamos en el mundo. Señor Alonso

---

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>27</sup> En carta del 25 de marzo de 1933 a George Portnoff, en que le da cuenta de su intensa actividad política menciona su recorrido por La Mancha (Villarobledo y Alcázar), y sus visitas a Albacete y Cartagena, Granada, Cartagena y Almansa (Alda Blanco, “María Martínez...”, *op. cit.*, p. 8).

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 82 y ss.

Quijano el bueno, descendamos a la realidad». Y, finalmente, su primer acto, su primera salida, termina en un corral: «¡Salud una vez más, oh ingenioso Hidalgo! En un corral, en una noche como ésta, velaste las armas antes de ser armado caballero». Hasta tres y más veces cita al personaje literario. Es la figura mítica aquí, de forma paradójica, un espejismo de realidad en el imaginario de la narradora. La sombra alargada del Quijote la acompaña como figura protectora en ese sueño (o delirio) de justicia social, pero es sobre todo el hidalgo, el perfil más apegado a la realidad, el de Alonso Quijano el Bueno, el invocado junto a sus congéneres manchegos. Es el revulsivo poético que vuelve más cruda la prosaica realidad.

Entre el auditorio del mísero y pobre corral, mujeres flacas y envejecidas («¿quién sabe nunca si una mujer del campo castellano o andaluz tiene veinticinco años o dos siglos y medio?», exclama con sarcasmo), todas con críos en brazos..., al borde del desmayo, de pura hambre y debilidad; hablar de doctrina socialista no tiene sentido. Trata de despertar la conciencia de estas mujeres y apela a un sentimiento de solidaridad para que puedan dar de comer a sus hijos, simplemente con «una calderada de sopa caliente», y mostrando un camino para vencer el fatalismo y la resignación, con la fuerza de la ayuda mutua. Adopta desde entonces como lema personal el de ser humilde entre los humildes: «Humildemente. Así iré por los campos que recorriera en busca de entuertos que desfacer el Loco inmortal...».

En otra localidad manchega, Almansa, vuelve a tener ocasión de constatar la terrible situación de España, pobre, ignorante y sin conciencia de sí misma, en la que es urgente necesidad inculcar en el individuo un sentido de responsabilidad dentro de la comunidad y al tiempo una conciencia de unidad. Todo él gira en torno a la fe necesaria para impulsar cambios y mejoras de vida. A la pérdida de su fe personal, contrapone su fe en la comunidad, en las Casas del pueblo y en la juventud. Como en Teresa de Jesús (sin el apelativo de santa), siente que se trata de un camino también espiritual ligado a lo material: Teresa de Jesús habría sido también fundadora de Casas del pueblo en lugar de conventos. Y junto a la figura de la escritora abulense, la imagen de Antígona guiando a su padre ciego proyecta toda su humanidad sobre la de una pobre chiquilla que enseña a leer a un viejo. El motivo central es la función de la mujer como conciencia del hombre, pues este no tiene tiempo de escuchar la voz de la conciencia propia. Dos modelos, uno cristiano, otro pagano, que atienden en esta empresa: Teresa de Jesús en lo espiritual, la fe, el impulso, y en lo material, concreto o realista, el de Antígona. Recuerda entonces la fiesta y la alegría de la fundación de la Casa del pueblo en Almansa, «que es un templo a la esperanza». No es la mirada del «mal de Maritornes». Ante esa España paradójica, que es rica y pobre, atrasada y civilizada, mística y

protestante, con mirada dialéctica, atenta a lo complejo y sin esencialismos, diríamos muy cervantina, la Propagandista reclama el derecho a una vida digna en tierras manchegas.

Prolonga este recorrido iniciado en tierras manchegas hasta Cartagena, donde acude invitada en 1932 para dar una conferencia en el Ateneo sobre el tema «¿Por qué soy socialista?». Detenerse en este punto de la geografía le permite llevar sus pasos hasta un público nuevo, de clase media burguesa, cuya situación no es tan dramática. La situación es bien distinta de la de los pueblos de La Mancha. Las visitas a las escuelas y a las organizaciones que auxilian a las mujeres (como «La gota de leche») dan cuenta de otro mundo. Ya no se habla de pobreza y miseria, por eso, hay un cambio de argumento en la oradora que sabe adaptar su discurso al auditorio y al escenario imprevisto de una lluvia incesante, en Cartagena, qué ironía, «donde no llueve nunca». Una sobrevenida afonía obliga a la activista a dar la conferencia «con otra voz». No es accidental el recuerdo, sino que, con intención literaria y sentido simbólico, la debilitada voz de la oradora, ante un público, nuevo teje nuevas estrategias retóricas para un público más burgués, aunque su propia voz a ella misma le suene como la de la auténtica Casandra.

### **Granada sin embrujo**

En el capítulo IV («Adiós a aquella vida»), la narradora se sitúa en la soledad de su jardín, en un pueblo de la Riviera francesa, Cagnes-sur-mer, en 1933. Este brevísimo capítulo (*intermezzo*) marca el punto de partida de la «excusa» autobiográfica al contarse en él cómo rompe ese retiro y esa soledad el telegrama que la invita a ser candidata por Granada. Tras la noticia asaltan las dudas y la tentación de continuar la vida que lleva, rodeada de sus lecturas, en las dulces orillas del mar Mediterráneo. Pero después de este monólogo interior se cambia de la primera a la tercera persona gramatical, imprimiendo un claro distanciamiento o desplazamiento de lo subjetivo a lo intersubjetivo o social, en que radica todo el sentido de esta obra. Con estas palabras se cierra el capítulo, expresando tanto una determinación como un otoñal escepticismo: «La mujer emprende el camino de España. Y sin volver la vista atrás por no ver deshojarse, al primer cierzo, las hojas del naranjo, engañado por su propio afán»<sup>29</sup>, expresión de connotaciones simbólicas bastante evidentes.

El capítulo siguiente cuenta su llegada a Granada. Su entrada en la ciudad desencadena en sí misma un movimiento retrospectivo, dentro de la analepsis general del relato

---

<sup>29</sup> *Op. cit.*, pp. 119-120.

autobiográfico, en que recuerda otras visitas a Granada. El embrujo de la ciudad impregna las páginas de la *Granada (guía emocional)*<sup>30</sup>, que vio la luz en París 1911 con la firma de Gregorio Martínez Sierra, el libro que inspirara a Manuel de Falla sus *Noches en los jardines de España*. Sin embargo, «Otra Granada» titula este capítulo porque el contraste en la mirada es evidente:

Esta vez –1933– no entro como romera; no vengo a buscar soledad, no deseo beber el agua que embruja ni probar el filtro que irresponsabiliza. No iré a alojarme al bosque de la Ahambra; no quiero recordar a qué huelen los arrayanes; he dicho adiós a todos los fantasmas. Vengo, Alá me perdone, de propaganda electoral. [...] Y he aprendido que hay dolores actuales cuya consideración urge más que la evocación de las antiguas cuitas de los héroes. Boabdil se esfuma y Carlos V desaparece. Lombay, la Emperatriz... El pueblo de Granada tiene hambre y no sabe leer<sup>31</sup>.

Una y otra vez se da cuenta del movimiento dialéctico que debe realizar el ánimo de María Lejárraga para situarse en la perspectiva de la realidad social por contraposición con un imaginario cultural y literario idealizado, desmitificándolo con bastante humor: los héroes desaparecen y lo que queda es el pueblo de Granada con hambre e incultura. La doble perspectiva temporal permite a la escritora hacer la palinodia de su visión juvenil y elogiar la acción frente a la contemplación. El rechazo del ensueño se refuerza con alusiones a las incomodidades del viaje o la crítica a «los lamentables vagones de los ferrocarriles andaluces», que rompen cualquier embrujo.

Hay una perspectiva analítica en María Lejárraga que la exime de caer en el simplismo o en categorizaciones absolutas. Granadas distintas no son solo la de su recuerdo y la que tiene ante los ojos en esta campaña. «¡Cuán distinta es la Granada viva de la Granada que el peregrino o el turista sueñan o contemplan!», denunciando con ello la actitud de quienes deambulan por el espacio cívico, de forma un tanto parasitaria, o de quienes construyen un escenario de tipismo superficial. Las tertulias muestran más interés por las personas que por las ideas. Y en cuanto previsión electoral, advierte contraposición sociológica entre dos Granadas diferentes, la del campo y la ciudad:

---

<sup>30</sup> El día en que María Lejárraga, junto con su marido Gregorio Martínez Sierra, conoció a Manuel de Falla en París, en 1913, «el músico les confió que, en uno de sus periodos de desconfianza en sí mismo por falta de creatividad, vagaba un día desalentado por el Barrio Latino, y en la calle Richelieu, al pasar por la Librería Española, se detuvo ante el escaparate. Sus ojos se clavaron en un título: *Granada. Guía emocional*. El libro lo firmaba Gregorio Martínez Sierra, y más tarde descubriría que la autora real era María Lejárraga», recoge Antonina Rodrigo en *María Lejárraga..., op. cit.*, p. 148 y ss.). El entusiasmo por este guía de Granada está en el origen de la obra musical universalmente conocida, *Noches en los jardines de España*, cuyo estreno tuvo lugar en París en 1920. María Lejárraga fue también la guía de Manuel Falla en su primera visita a Granada y quien le descubre sus misterios ocultos al músico andaluz.

<sup>31</sup> María MARTÍNEZ SIERRA, *Una mujer..., op. cit.*, pp. 122–123.

La ciudad es republicana y socialista (decididamente, esto del socialismo es cuestión de gente civilizada), el campo es derechas. ¡Pícaro campo!, campo infeliz, paradoja viva: el que más duramente trabaja, el que menos tiene que agradecer a la vida, es el sostén más firme del privilegio. La tierra parece infundir en el hombre que la labra ideas conservadoras aunque el desdichado no tenga, fuera de su miseria, nada que conservar. ¿Y las mujeres? Las mujeres no están, las mujeres no existen ni en la Casa del Pueblo, ni en las calles, ni en los cafés<sup>32</sup>.

Entonces, ¿cómo es posible –se pregunta a sí misma– que estas organizaciones hayan pensado en ella para incluirla en la candidatura?... Por su amor por Granada o en recuerdo de aquella *Guía emocional* –sigue preguntándose–. Pero no, seguramente por imposición de su amistad con Fernando de los Ríos, que es «todo el socialismo granadino», se responde. Y con ironía comenta la gentileza con que la tratan los varones como algo frágil, a punto de romperse, mientras ella procura «mostrarse lo más insignificante, lo más mujer posible»<sup>33</sup>, no con la estrategia de una Isis en su papel de protectora de las evas-mujeres, sino Eva seduciendo a Adanes.

En el capítulo v, de expresivo título «En la boca del lobo», ofrece la Propagandista la descripción más terrible de la miseria y del hambre con que subsisten las gentes de Castril y de Huéscar, todavía provincia de Granada. A lo que hay que añadir la crónica funesta de un trágico accidente a la altura del puente de Duda, ocurrido la madrugada del 16 de noviembre, por el que perdieron la vida 23 hombres jóvenes que acompañaban a los candidatos (del que dio cumplida información la prensa granadina y nacional)<sup>34</sup>. La descripción de la orografía del pueblo y de sus habitantes necesita trasponerse a un lenguaje connotativo y metafórico que Lejárraga rescata de su corpus de lecturas, que es un corpus universal, y que puede transmitir universalmente la brutalidad de su vivencia:

Castril es un pueblo mísero situado en los montes de la provincia de Granada, no lejos, midiendo la distancia en kilómetros, de la villa de Huéscar, mas antes de la Segunda República, separado no sólo de Huéscar, sino del mundo entero por un profundo “tajo” casi tan hondo y escarpado como el de Ronda. Está el pueblo “metido en la boca del lobo”. Hay una inmensa peña en lo más dura de la entraña del monte. Esa peña se ha hendido, dios sabe en qué tremenda remota convulsión geológica, y ha formado una cavidad que sugiere la idea de unas fauces de fiera en la edad de los Titanes. Dientes gigantescos erizan las mandíbulas de roca. La caverna es tan descomunal que cabe dentro de ella el pueblo entero. Allí está, allí ha estado –¿quién sabe hasta cuándo?– sumido en el poder de las tinieblas, ya que hasta la luz del sol está en él amenguada y recortada por la sombra que dan las feroces mandíbulas. El día es más corto en Castril que en el resto del mundo. El invierno más largo. El cielo se mira de soslayo.

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 129.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>34</sup> Además de los 23 varones que recuerda Lejárraga pierde la vida una mujer que iba también en la camioneta. La prensa madrileña recoge la «espantosa tragedia» y da detalle del «horrible espectáculo» de los «cadáveres completamente destrozados» (*La Voz*, 17-XI-1933, p. 4). El diario granadino *El Ideal* saca la noticia a toda plana en su portada del 18 de noviembre de 1933. El día siguiente, 19 de noviembre, habría de ser la fecha en que las mujeres ejercerían el derecho al voto por primera vez en España.

La impresionante descripción de la orografía del paisaje en la apertura del capítulo posee desde el primer momento un halo aciago y premonitorio que acaba con confirmarse en la tragedia de las veinticinco víctimas absorbidas por las gigantescas mandíbulas del «tajo». La tragedia final del accidente no hace más que certificar un destino al que están abocados los habitantes de ese *locus horribilis*. Todo en este lugar nos arrastra a un lugar de incivilización y de barbarie. Allí viven sus habitantes, «lamentables Segismundos», «sin horizonte físico ni espiritual», parecen estar predestinados a no ver la luz del sol como los esclavos de la caverna del mito platónico:

Allí, sin horizonte físico ni espiritual, han vivido generaciones y generaciones. No sé si existen crónicas que cuenten su historia. Yo no las conozco. A todas las probables dominaciones señoriales de diferentes épocas, había sucedido en este último siglo la dominación del “cacique”, ejercida inexorablemente sobre cuerpos y almas. Digo almas, porque cristianamente estamos obligados a creer que ha una dentro de cada humano cuerpo, más no me arriesgo a hablar de inteligencias. ¿De dónde había de acudir a aquellos lamentables Segismundos la sombra de una idea, si del mundo civilizado no llegaban a ellos otros representantes que el recaudador de contribuciones y la pareja de la guardia civil? Las sombras platónicas, ¿acaso pueden proyectarse en el umbral de tan desolado calabozo?<sup>35</sup>

Denuncia María que el cacique ha anulado en el maestro, el médico o el cura, la posibilidad de aportar una sola «razón» que abra los ojos a los miserables, mientras que están «...todos, mujeres, niños, hombres, consumidos por la fiebre crónica del hambre lenta, del hambre interminable»<sup>36</sup>. Con estrategia apasionada, más que racional, al grito de «¡cobardes!», cual Laurencia de Fuenteovejuna, anima a hombres y mujeres a participar en el mitin desde un balcón que mira a una plaza vacía: «En este pueblo, por lo visto, no hay hombres. [...] Acercaos, mujeres, ¡si es que tenéis más coraje que ellos! [...] Ya somos tanto como ellos para hacer España lo que debiera ser, para quitar el hambre a esas criaturas»<sup>37</sup>.

El mundo de las sombras de la caverna y de la prisión de Segismundo aporta un eje de isotopía, a lo largo del capítulo, en combinación con el de la representación del paisaje y el mensaje transmitido: «La Segunda República *abrió las puertas del calabozo*» al tender un puente sobre el tajo que aísla y abandona a su suerte al pueblo de Castril. Desde ese puente caen aquellos muchachos que habían acudido al mitin para proteger a los candidatos de los posibles altercados de las fuerzas de la derecha controladas por el cacique. Todos ellos

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 134.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 135.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 140.

pertenecían al barrio de las cuevas de Huéscar que los candidatos visitan después del funesto acontecimiento:

En cada cueva, todas encaladas, todas alumbradas con su correspondiente candil, había una o varias mujeres acompañadas por varios chiquillos, más sus sombras, lanzadas a la pared por la luz vacilante. Queríamos hablar, decir unas palabras de consuelo. Imposible. [...] Confieso que a la sexta visita ya no pude más. Me senté en una piedra, en plena noche, en plena soledad y oscuridad. Mientras los hombres iban repartiendo el dinero por las cuevas restantes, yo pensaba: —En todas estas miserables guaridas, no he visto un solo fogón, un rincón donde encender lumbre, un solo puchero, una cazuela en que cocer un alimento. Aquí no se ha comido nunca nada caliente. Aquí, cuando despiertan los chiquillos, las madres los echan a la calle como gatos, a ver lo que pueden hallar para comer...

El descubrimiento de María Lejárraga, aunque no era tan nuevo en la historia de su vida —como revelará en el epílogo de la autobiografía—, la iguala a aquellos hombres y mujeres «marineros del entusiasmo» que llama Sergio del Molino, que se sintieron misioneros por los caminos de la España profunda, aislada y paupérrima, pues ella también participaba de ese espíritu regeneracionista, heredero de la Institución Libre de Enseñanza en el que se educó. Para Del Molino, aquel primer viaje a Las Hurdes del año 30 y las misiones pedagógicas que le siguieron después forman parte de una mitología que ha exagerado los logros reales sobre la población española, muestra una actitud condescendiente por parte de esos «señoritos de ciudad [que] se empeñaban en llevar la cultura a las aldeas» y da lugar a una especie de «nueva religión excursionista» que fomenta un vano sentimiento patriótico y de redención<sup>38</sup>. El descubrimiento de que esa parte de España no estaba tan vacía, sino llena de:

... gente rústica que vivía en condiciones medievales. Sin agua corriente, sin electricidad, sin una sola de las comodidades que ya eran comunes en Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao. [...] Eran siervos no muy distintos de los de los libros de Gógol. Harapientos, brutales, desconfiados. Niños sin escolarizar rodeaban a los excursionistas pidiéndoles una perra chica o un trozo de queso. Ancianos famélicos sentados en carasoles, madres con mil hijos, labriegos que pasarían mucha hambre si no llovía pronto<sup>39</sup>.

El escenario descrito en el pueblo de Huéscar en la crónica de María Lejárraga no es un paisaje literario, no tiene ribetes de leyenda ni de mito que deba refutarse. ¿Una España para redimir? Redención puede ser una palabra aceptable en su sentido figurado, si significa ‘hay que salvar a esas gentes’ de una situación, pero como una expresión de lenguaje

---

<sup>38</sup> María Teresa León recuerda muy brevemente su visita a las Hurdes con Luis Buñuel, al comparar la pobreza de esta región española con la de los barrios negros de Nueva York: «Luego hemos ido al barrio pobre, al que llaman negro, pero que está lleno también de blancos desahuciados, de vida desamparada. No era mejor que la última aldea de las Hurdes adonde fuimos cuando Luis Buñuel nos llevó en su compañía mientras preparaba su film protestador y agrio. ¿Veis este valle maravilloso?, nos dijo entonces. Pues de aquí en adelante empieza el infierno» (Teresa León, *op. cit.*, p. 121).

<sup>39</sup> María MARTÍNEZ SIERRA, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 140.



evangélico que se importa en un sentido figurado en la enunciación, que no implica actitud mesiánica (de quien se considera único salvador, único mesías)<sup>40</sup>. A este respecto, es fundamental el papel que las Casas del pueblo tienen para María Lejárraga a la hora de fomentar la responsabilidad y la participación, la organización y la construcción de las comunidades en el mundo rural tanto o más que en el urbano. El rechazo de una actitud mesiánica es patente en la narradora al recordar la actitud de un anciano en una Casa del pueblo de Granada, un primero de mayo de 1934:

«¡A ver cuándo nos hacen ustedes la revolución! –¿Nosotros? –había respondido yo–. La revolución tiene que hacerla el pueblo, si la quiere. Mientras ustedes no la hagan no esperen que se la haga nadie.» Y el viejecillo se había quedado mirándonos con desconsuelo. ¡No éramos el Mesías!

La Casa del pueblo de Alfacar, en el capítulo VII de las memorias, el de las «Elecciones perdidas», sirve de ejemplo de las posibilidades de este proyecto. El capítulo rezuma sensación de pérdida y de impotencia. Se relata, sin embargo, el último acto electoral para las mujeres de Alfacar y se insiste con convencimiento en que para lograr una nueva España es necesario acabar con dos males persistentes, el hambre y la ignorancia, de forma colectiva y solidaria. Para remediar el primero, la memoria de Lejárraga selecciona y cuenta con orgullo cómo fabrican el pan en la Casa del pueblo las mujeres granadinas. El hecho, como en otras ocasiones, aúna un doble sentido real y simbólico. Para el segundo de los azotes del país, guarda la autora un elogio cerrado a su compañero de campaña, Fernando de los Ríos, que desplegará a su vez una doble perspectiva temporal: mientras el relato se detiene en el cierre de campaña que llevaría a la derrota de las elecciones, llega la triste noticia de la muerte del que fuera su gran amigo. El elogio-homenaje del leal camarada, por el que confiesa haber entrado en el Partido socialista, se convierte en la elegía del hombre de gran cultura, ingenio andaluz y preocupación ética, con quien compartía el sueño de que «toda España, por arte de magia, aprendiese a leer en un día»<sup>41</sup>. El lector ve desplazado el foco de la rememoración de la narradora del pan de Alfacar al de Ronda, el lugar en que lo conoció. La Propagandista todavía conserva el recuerdo de esa rosca de pan rondeño «que sabe a verdad» y lo compara con «el limpio y noble espíritu del compañero que *hoy* desaparece»<sup>42</sup>. Así, el que fuera su gran amigo «en la pura región del entendimiento» se muestra como un referente ético, como el alimento necesario de una España futura, libre de hambre e ignorancia. En un

---

<sup>40</sup> Sergio DEL MOLINO, *op. cit.*: «Es muy difícil viajar a la España vacía sin la aprensión del explorador de lo exótico o sin la ilusión del misionero que va a salvar a los indios» (p. 81).

<sup>41</sup> *Ibid.*, p.159.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 160.

refinado proceso de configuración literaria, en retro e introspectiva, los ejes isotópicos van tejiendo la anécdota, el relato, la evocación en los tres momentos de la memoria que quedan reunidos, bajo la especie del pan, en esta figura crucial de la vida de María Lejárraga: el pasado referencial del final de campaña en Alfacar, víspera de la derrota electoral del año 33; el momento del presente factual en que conoce la muerte de Fernando de los Ríos producida en 1949, el “hoy” del relato; y, por último, el pasado anterior al pasado, evocado y moldeado en la Ronda de su recuerdo, donde lo conoció por vez primera, un espacio subjetivo que conserva todavía el sabor a verdad de su pan<sup>43</sup>.

Continúa el camino y, con él, también el desengaño en la actividad política, en los mítines y soflamas. Los viajes a Granada se repiten («ya todas sus hechicerías me dejaban no ciertamente insensible, pero sí completamente tranquila. Había aprendido a querer humanamente a la ciudad bruja»<sup>44</sup>).

### **Vuelta al origen**

La visión desengañada se vuelve crítica abierta y reproche a la política española. Esta vez es un pueblo a las afueras de Madrid, de recuerdo familiar para ella, el que la lleva paulatinamente al punto de origen. Cierta pudor parece vencer a la narradora al omitir su nombre, quizá por la desolada visión que va a ofrecer a sus ojos después de tantos años, sin que nada en él haya cambiado, pero el lector puede identificarlo, por su falta de agua, su pasado árabe y su tradicional cerámica de arcilla roja, como Alcorcón. El panorama de «este poblachón lejos de todo lo excelso, de casuchas bajas y ciegas» es la prueba de cargo del fracaso de una región rural que no ha mejorado ni en la urbanización de las calles, ni en su alumbrado, ni en la higiene o alimentación de sus niños..., cuya hostilidad a las nuevas reformas debe vencer María en el escenario de una cuadra. Solo los niños quedan para escucharla y les habla como una maestra de escuela. Ellos aparecen como única esperanza,

---

<sup>43</sup> *El pan de Ronda, que sabe a verdad* (1915) es una obra de Manuel de Falla compuesta sobre libreto de María Lejárraga, el mismo año de su visita juntos a Granada. María evoca esta experiencia en el capítulo «nuestros músicos» de sus memorias: María MARTÍNEZ SIERRA, *Gregorio y yo. Medio siglo de colaboración*, Valencia, Pre-textos, 2000, p. 192-193.

<sup>44</sup> Otro pueblo andaluz es protagonista en el capítulo IX, La Rábida, que aparece como un pueblecillo miserable, donde las casas de los pobres son incómodas, feas y tristes. Merodeando por la playa se puede ver a los niños afectados de tracoma, marcados por el círculo rojo alrededor de los ojos, «los ojos más hermosos de la tierra», expresión con que titula esta parte de las memorias. Crece la indignación de la escritora ante la impotencia de la labor política en las Cortes para poder remediar la conjuntivitis contagiosa, pero, además, se duele de la falta de trabajo de esas gentes, o de la maternidad de veinte hijos para una sola mujer... La Propagandista, desengañada de que la política pueda solucionar los problemas de la gente, defiende la solidaridad humana.

receptivos a sus palabras. Aquella fue una noche muy triste, la de las últimas elecciones republicanas de 1936. Es el capítulo más desengañado de la política española y constata el fracaso de unas aspiraciones que nacieron en Bruselas en 1905. El país belga le había ofrecido en aquel entonces un modelo de fraternidad entre los seres humanos que se materializaba en las Casas del pueblo, pero este recuerdo no hace más que ahondar en la herida del desencanto y subrayar la frustración de su experiencia en las de algunos pueblos españoles.

El último capítulo, más bien epílogo, «Una infancia feliz y llena de curiosidad» rescata para la memoria una última parada en estos caminos. La escritora recupera aquí aspectos de su vida personal, a demanda de la editora que va a publicar el libro, pero subtitula este epílogo «Explicación, a mi entender, innecesaria», y por la que pide perdón a todos sus lectores. Accedemos a los recuerdos de su infancia en su cuna riojana, en el ambiente rural del valle en que naciera siglos atrás Gonzalo de Berceo, uno de los primeros poetas en lengua castellana, reivindicando con él su innata impronta de escritora y su pasión por la prosa; pero los montes y los collados resultan ahora un paisaje demasiado lejano. Los dioses y héroes de su particular mitología, Prometeo, Eva, los Magos de Oriente, Júpiter y Amaltea..., se dan cita en su olimpo particular, pero, junto a ellos, también las mujeres en la rueca, la abuela, el caldero entre ninfas y ángeles, de sus primeras lecturas al amor de la madre, su única maestra. Sensación de tiempo circular, su primera función en el Teatro Español, el frío de su primera escapada en la nieve, una primera pregunta ante la realidad duplicada en el espejo («¿La imagen de la luz alumbra o no alumbra?...»). Este último viaje hacia el pasado nos lleva hasta un último (o primer) lugar de la memoria, Buitrago, a las afueras de Madrid, donde la familia de la María Lejárraga vivió más de veinte años. Los ojos de la niña de pueblo descubren la España triste y árida por primera vez: la descripción revela esa mirada dialéctica que sitúa a la escritora siempre entre el realismo crudo y un lirismo igualmente irrenunciable:

Es difícil imaginar la acumulación de fealdad que, para ojos acostumbrados a la gloria de montes, valles, bosques, ríos, praderas y huertos representan los pueblos de la cintura madrileña. A las puertas mismas de la urbe, empieza el desierto: desierto sin grandeza de soledad, sin esperanza de oasis, sin posibilidad de espejismo. Carreteras cubiertas de polvo en verano, de fango en invierno, sucias en todo tiempo, bordeadas por míseros ventorros, de basureros de barrios nacidos al azar, insulto a toda ley de urbanismo conducen a poblados sin gracia y sin hechizo, sin arquitectura ni antigua ni moderna, sin otra reminiscencia agreste que los campos de trigo que han ido desplazando para formarse. En ellos, industrias malolientes, tenerías, mataderos, recuperación de grasas animales, utilización de las basuras urbanas prenden en el aire mefíticos relentes. ¿Dónde estáis mejoranas, tomillos, mentas y cantuesos? ¿Dónde tú, río cantarín con graciosas mimbreras mirándose en el agua? ¿Qué se hicieron los juncos y sus flores de felpa, qué los musgos aterciopelados, vestidura lujosa de las peñas? En invierno, el lodo forma un mar de pesadilla; en verano, los áridos rastrojos parecen arañar el corazón.

Esas zonas ni rústicas ni urbanas se le aparecen como «desierto sin grandeza de soledad, sin esperanza de oasis, sin posibilidad de espejismo»: el espejismo de las andantes caballerías, el espejismo de la belleza y la visión del arte que en *La tristeza del Quijote* se reclamaban para extenderse como bálsamo sobre el yermo de esa vida pobre en que se hermanan Don Quijote y Cervantes<sup>45</sup>.

Estos últimos párrafos concluyen las memorias de María Martínez Sierra, constatando que en el origen de su sensibilidad y de su compromiso estuvo la lucha por acabar con la fealdad y la miseria y la búsqueda de una vida digna. Y que para terminar con la miseria, la ignorancia y la injusticia de las gentes que viven en el desierto sin esperanza, era necesario «buscar un modo eficaz para hacer saltar de sus goznes —o al menos intentarlo— las puertas del infierno»<sup>46</sup>. Ese modo eficaz fue, en la madurez de la vida de Lejárraga, la escritura autobiográfica, donde se constata su frustración por la acción política, pero confirma su voz propia como sujeto de enunciación autobiográfica configurando en su lenguaje una imagen de España que la refleja a ella misma mejor que cualquier otro retrato.

### **Una autobiografía para la memoria colectiva**

En este punto me parece necesario volver a una de las ideas del ensayo de Sergio del Molino según la cual esa mirada de Maritornes, atenta solo a la fealdad del territorio, se asienta en ciertos prejuicios con forma de mitos negativos:

La España negra y criminal, la España pobre y embrutecida, la España seca, áspera y fea y la España reaccionaria. Son miradas inspiradas en la heterofobia. Ninguna incluye al otro en la observación. Ninguna intenta comprender lo mirado, sino reducirlo a sus apriorismos. Algunas son muy recientes y se mantienen. Forman parte del tópico con el que los españoles sobreentienden la España vacía. Todas merecen una refutación<sup>47</sup>.

*Una mujer por caminos de España* constituye, a nuestro juicio, una refutación a la refutación de esta mirada negra que no intenta comprender lo mirado. Si algo se puede afirmar sobre esta obra autobiográfica que firma María Martínez Sierra es que se construye sobre esa mirada comprensiva de la realidad española a la altura de aquellos años en que el proyecto republicano trataba de transformar la pobreza, el analfabetismo, la incomunicación de las regiones españolas; una mirada comprensiva que es al mismo tiempo crítica y esperanzada, en ningún caso mística o imaginaria, sino que toma contacto con las gentes en

---

<sup>45</sup> Gregorio MARTÍNEZ SIERRA, *La tristeza...*, op. cit., p. 28.

<sup>46</sup> Son las últimas palabras de la autobiografía, *Una mujer...*, op. cit., pp. 295-296.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p.81.

cada uno de esos caminos que recorrió la política socialista. Una autobiografía que escribe su yo desde el exilio, ante sí misma y ante su conciencia; que inscribe su vida junto y ante los otros seres llamados a construir un proyecto común, que quedaron a la espera de un futuro de dignidad.

Una autobiografía a contracorriente, como se ha dicho, escrita desde el exilio, pero que no cuenta «las angustias del destierro», como pedía María Teresa León, que llevaba «España en la garganta» y, con un tono más dramático, decía que había que aprender a odiar para combatir<sup>48</sup>. Muy diferente es la voz lejarriana en sus memorias. Su autobiografía se escribe desde la conciencia –una conciencia colectiva, no individual–, ante la historia, como una forma serena de enfrentar la impotencia y el fracaso de la capacidad transformadora de la acción política. Frente al desengaño, la narradora consigna su fe en la superioridad de la escritura y en el amor por la prosa literaria, comprometida consigo misma y con su patria desde la distancia. Como afirma Celia Fernández Prieto, lo relevante en la autobiografía española no es tanto el testimonio de un tiempo gris de nuestra historia reciente, sino en el acto mismo de contarla a los otros, en la conformación de un yo autobiográfico con su voz frente a los lectores para confirmar esa identidad<sup>49</sup>.

Sin esperanza, pero con convencimiento, como decía Ángel González, se escribe aquí un capítulo de la historia de España. La relevancia de esta obra de María Lejárraga no reside únicamente en mostrar *una* vida de compromiso: más allá de la oratoria del mitin, cuyas estrategias y argumentos quedan disueltos en el viento de la historia, *Una mujer por caminos de España* constituye posiblemente, en su propia enunciación literaria, un último acto público frente a los otros, un acto de pleno carácter cívico, basado precisamente en el hecho de configurar la imagen de esa España doliente, que sí fue, como legado para nuestra memoria colectiva<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Teresa LEÓN, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 239.

<sup>49</sup> Celia FERNÁNDEZ, “Enunciación...”, *op. cit.* p. 431.

<sup>50</sup> Para Maurice Halbwachs, es preferible el término “memoria colectiva”, que insiste en la dimensión social de la memoria, al de “memoria histórica”, más ambiguo y contradictorio al reunir en una misma denominación la visión individual, por tanto, subjetiva, y el relato histórico que aspira a ser universal (Javier SÁNCHEZ ZAPATERO, «La cultura de la memoria», *Pliegos de Yuste*, n.º 11-12, 2010, p. 27).